—Valen mucho estas criaturas, dijo Morelos, y les prometió volver á la mañana siguiente á la ceremonia.

Las jóvenes se retiraron.

Entonces el general se acercó á la amahaca donde dormía su hijo, levantó el lienzo que le cubría el rostro y lo contempló por algunos momentos.

Posó su consagrada mano en la frente sudorosa del niño, después se inclinó y depositó un beso en aquella infantil cabeza.

—¡Pobre *Juan!* murmuró con voz imperceptible, y abandonó la casa seguido de sus ayudantes.

V.

Aquel niño que dormía el sueño de la inocencia, se alzaría más tarde de la cuna con el prestigio heredado de su padre, como una sombra que crece, y que se ensancha y cubre el horizonte.

Medio siglo después atravesaría los mares, y regresaría, seguido de los bajeles de tres naciones, á encadenar á esa patria tan querida del héroe, y por cuya libertad se vertía entonces á torrentes la sangre mexicana.

¡Víctima de la lucha tenaz de su espíritu, vagaría sin consuelo, agitado en el mundo del arrepentimiento y de la expiación, hasta sucumbir en el abatimiento misterioso de su alma!...

¡Quién nos hubiera dado verle en sus últimos momentos, con la mirada fija en el cielo, y las manos enclavadas sobre el pecho, pidiendo al Juez Eterno misericordia por sus errores!

Acaso sus últimos pensamientos fueron para su patria... acaso sentía aparecer en sus ojos la lágrima postrera, como la expresión de la angustia del proscrito que muere en tierra extraña...

Dios, compadecido de esa trabajosa agonía, cerró sus ojos al sueño eterno...

¡Crimen ó error, la historia ha pronunciado su fallo condenatorio!... ¡Dios lo haya absuelto en el suyo!...

Aquel niño se llamaba Juan Nepomuceno Almonte.

CAPITULO XIII.

De como es cierto el refrán de que « del plato á la boca se pierde la sopa.

I.

El general quería dar una gran sorpresa á Piedra-Santa, disponiendo una verdadera fiesta para el día siguiente, en que debía celebrarse el matrimonio del insurgente.

Vildo, que era un suriano alegre, de buen humor y endemoniado, dispuso la compostura de la casa, haciendo multitud de coronas tejidas de azahares, y arcos de flores, y tapizando el suelo de rosas, y

colocando banderas de colores y gallardetes, que pidió prestados al sacristán de la parroquia, bajo su palabra de honor de devolvérselos á la mañana siguiente.

El sacristán se oponía al principio; pero la palabra de honor de Vildo, y sobre todo, el *machete suriano* afilado hasta la cacha, lo hicieron más amable y condescendiente.

Vildo cargó con los arneses del altar, un crucifijo y un retablo de los *Santos Mártires*, que los oficiales tomaron por epigrama ó alusión á la coyunda matrimonial.

No recordamos si hemos hablado algo sobre la fisonomía del suriano; pero diremos que tenía la cara redonda, los ojos negros, vivos y alegres, el pelo caído sobre la frente, la boca grande, enseñando á cada carcajada una dentadura de tigre.

Vildo era *pinto* de *chocolate* y *azul*.

Llevaba una camisa de manta abierta del cuello, y unos calzones blancos fajados bajo la camisa, un cinturón de cuero y un formidable machete más afilado que una navaja de afeitar.

Usaba *guaraches* y un sombrero corriente de palma.

Vildo tendría veintisiete años, y en su hoja de servicios tenía cien riñas, en las cuales no había salido bien librado, porque le faltaba un dedo de la mano derecha, y una cicatriz profunda le surcaba el pecho.

Era mocetón, alegre, bailador y pendenciero; esta alhaja era ni más ni menos el asistente del coronel Piedra-Santa.

Volvámos á la fiesta.

La oficialidad se preparaba á darse un día de baile y de algazara.

Todos estos aparatos se hacían teniendo á media legua de distancia al enemigo.

No estrañará esta serenidad á nuestros lectores, cuando sepan que en los días memorables del sitio de Cuautla, Morelos le daba grandes fiestas á sus soldados.

El campo insurgente estaba en continua bulla, esto caracterizó siempre sus campamentos.

Amaneció, y una salva de cohetes anunció la primera luz, las músicas comenzaron á tocar frente á la casa de los que iban á desposarse.

El general pasó á recorrer los parapetos y puntos fortificados de la plaza; Piedra-Santa lo acompañaba lleno de emoción.

Vildo se había situado en la cocina, y estaba empeñado en sazonar el *mols de guajolote*, asegurando que en toda la *costa* era proverbial su fama de cocinero.

Las muchachas estaban alegres, y era tal el batiboleo de la cocina, que parecía un motin en toda forma.

Caifás se lamía los bigotes, esperando un convite opíparo.

Luz y María se ocupaban en su tocado, esperando impacientes la hora que parecía prolongarse demasiado.

—¡Señoritas, dijo Vildo, están ustedes como unos luceros de la mañana!

—Calla, hombre, dijo María.

—Eso es pedir imposibles, de que veo una muchacha, me repica la lengua y me vuelvo melado.

—¡Que calles!

—Eso es, entonces quien contará por todos los cuarteles que ustedes son las más lindas de la población... ¡ay!... si yo estuviera en Nucupétaro, ya estaría mi Ramona como un perro de fiesta; porque eso sí, se pone más guapa que una amapola: figúrense ustedes que cuando la enamoré, era la chica más principal del pueblo, y el barbero estaba pelándoselas por ella: yo, que no entiendo de dianas, le dije: oiga maestro sanguijuelas, donde me ande equivocando á la Ramona, lo rebano como sandía; entonces el maestro muela se retiró como los realistas, pero en seguida se apasionó de ella el notario: con ese sí que entré en pleito, porque era hombre de armas tomar; él me tiró el dedo, pero yo le arranqué la oreja; á los dos meses me leía las amonestaciones, y los dos estábamos descompletos.

—¡Bonita historia!

—Ramona me ha salido algo dura de cabeza, y celosa como un tigre; apenas me robo alguna hembrita, cuando salta como si la picara una salamanquesa.

—Le sobra razón.

—Yo para qué lo he de negar, soy aficionado á las costillas de Adan.

—Este Vildo es un bribón de cuenta.

—Han de saber, que el tumulto de la América me salió que ni de balde, me ha sacado de unos relances que...

—Estos hombres no tienen remedio, dijo María.

—Sí lo tenemos, niña; en dejándonos hacer lo que se nos antoje, somos los muchachos más buenos del mundo.

Aquí llegaba la charla del asistente, cuando se presentó el coronel Piedra-Santa.

—¿Qué le cuentas á las muchachas, hombre de Dios?

—Nada, mi coronel, los *remienditos* que he hecho en mi vida.

Acercóse el presunto marido, y besó la mano de Luz, que estaba verdaderamente encantadora.

—¡Qué hermosa estás, vida mía!

—Como que yo la he arreglado, dijo María.

—A tí siempre te parezco hermosa.

—Y lo es usted mi coronela, dijo el asistente.

—Lárgate, gritó María.

—Con permiso de usted, respondió Vildo, llevando el revés de su mano á la falda del sombrero.

—Me hace mucha gracia tu asistente, dijo Luz dirijiéndose á Piedra-Santa.

—Tiene gracia y valor; porque es un tigre en los momentos de la batalla, yo le he admirado muchas veces, no teme el peligro, y desafía osado á la muerte.

—¿Tardará mucho el señor cura?

—En este momento visita el último punto.

—Ya vá á llegar el instante, Luz, de nuestra felicidad: comprenderás cuanto te he amado: hemos vivido solos, y me respeto ha

igualado á mi amor, Dios me ha prestado su aliento, y me creo digno de tí.

—Sí, don Alfonso, yo siento en mi alma un amor profundo hacia tí, muchas veces he pensado en este cariño, y me he dicho: este hombre es el único que debo amar en la vida, amémosle con toda la fuerza del corazón; y no he pensado más que en tí, que eres mi Dios sobre la tierra.

—¡Luz, yo te idolatro!

—Desde hoy nuestra existencia vá á tomar otro rumbo, mis inquietudes se disipan, y entro en la senda de flores que debe conducirme al cielo de la dicha y de la felicidad.

—Yo sé que en el mar borrascoso de mis infortunios, tú alejarás las tempestades, alumbrarás con la luz del alma el cielo siempre oscuro de mi existencia.

—¡Piedra-Santa, yo te amo!

Los labios de la joven buscaron la frente de su amante, é imprimieron un beso ardiente de pasión.

II.

—¡Llega el señor Morelos! dijo María que estaba á las ventanas de la casa.

La música saludó al general, que llegó seguido de un gran número de soldados.

—Vamos pronto señores, que tengo noticia de que el enemigo se ha movído.

—No importa, repitieron algunas voces.

Galeana se había vestido de lujo, y los Bravos concurrían también á la fiesta.

Don Leonardo, á quien Piedra-Santa había referido la manera conque se había hecho de la hermana de Jacinto, después de la denuncia de la conspiración que costó la vida á Ferrer y Cataño; hacía las veces de padre con Luz, á quien vió nacer en su hacienda de Chichihualco.

Mientras el cura Morelos se disponía á la celebración del matrimonio, don Nicolás Bravo se acercó á su inseparable amigo Piedra-Santa.

—Vas á hacer una barrabasada, amigo mío.

—No deja de pasárseme por las mientes.

—Vamos á ser compañeros de infortunio, pasaremos la luna de miel en los parapetos, nunca como hoy he recordado á mi Margarita...

—¡Ea! no vayas á entristecerte, hoy es día de regocijo.

—Es verdad, pero esa pobre niña metida en la cueva de Michapa, rodeada de temores y llena de pesares...

—Lo dicho, exclamó Piedra-Santa, vas á ponerme de mal humor.

—No he dicho nada... dices bien, hoy es día de bulla, y no está bien recordar ciertas cosas, por más que el corazón nos las esté diciendo á gritos.

¿Dónde está el novio? preguntó Vildo quitándose el sombrero y presentando á su coronel una copa de *tequila*.

—¡Vete con dos mil diablos! tú quieres envenenarme con ese infernal aguardiente.

—Mi coronel no sabe lo que se pesca, este es un licor magnífico y capaz de volver joven á una suegra, eche un trago, mi coronel, para entonarse; mire, mire que eso del casamiento es cosa muy dificultosa.

—¡Qué te largues, hombre del diablo!

—Eso es otra cosa; pero yo deseo que mi coronel pruebe...

—Vamos á la salud de todos mis amigos.

—¡Viva la novia! gritó el asistente.

—¡Viva! repitieron los concurrentes.

Luz se puso como una escarlata, y María la dijo al oido:

—¿Cuándo me tocará a mí?

Levantóse un murmullo en la sala, era que el señor Morelos aparecía con el traje sacerdotal.

La frente estaba serena, el semblante había perdido ese tinte sombrío adquirido en los peligros y ante la muerte, sus ojos revelaban una concentración grande de misticismo.

—Lor señores novios, dijo el sacristán de la Parroquia.

Piedra-Santa tomó la mano á su prometida, y se puso frente al sacerdote.

Luz estaba bellísima, llevaba sencillamente un traje blanco y un velo de punto, sujeto por una corona de azahares, que esparcían en torno de la vírgen un perfume de los ángeles.

Los ojos de la joven tenían el brillo de las estrellas, una densa palidez se estendía por su semblante, como esas gasas trasparentes que lleva el viento en torno de la luna.

Sus labios dulcemente descoloridos, se estremecían en convulsiones imperceptibles, y su seno se agitaba manso como la espuma de los lagos.

María presentaba el contraste, su rostro resplandecía con el tinte de las amapolas, su fisonomía era sonriente y su semblante todo revelaba una alegría infinita.

Se había vestido como la desposada, con la única variación de llevar en su tocado prendida una rosa.

Galeana y María tomaron su puesto.

El cura comenzó á leer en el libro sagrado.

Repentinamente se oyeron algunos tiros y gritos que sonaban en la calle.

Caifás fué el primero que entró dando furibundos ladridos, y después José de la Luz, el correo que ya conocen nuestros lectores, y en seguida varios oficiales.

—Mi general, dijo uno de ellos, los realistas se dirigen á paso de carga sobre la plaza.

—¡A la guerra! gritó Morelos con voz terrible, y despojándose de los arreos sacerdotales, empuñó la espada, y salió con ese ademán imperioso y solemne que le distinguía en las horas del peligro.

Luz y María quedaron solas en el aposento llenas de terror.

La ceremonia se había interrumpido.

Todo quedó en silencio, á pocos momentos entró Vildo demudado, su semblante no tenía ya aquella espresión franca y abierta, la rabia, la desesperación, se pintaban en todo su salvaje continente.

—Señoras, tengo órden de llevarlas fuera de la ciudad.

Las jóvenes no respondieron.

—Es que se pasa el tiempo, y los realistas avanzan á toda prisa, los caballos están dispuestos.

—Vamos, dijo María; tomando por el brazo á Luz, que parecía haber perdido la razón.

Vildo puso á las jóvenes en los caballos, y se echó á andar rumbo opuesto á donde iba á empeñarse la refriega.

Ya estaban en los suburvios, cuando un ginete se llegó á ellas cubierto de polvo y de sudor.

—¡Don Alfonso! gritó Luz con la voz del alma.

—¡Adiós! dijo Piedra-Santa, no temas, pronto nos volveremos á ver.

—Cuida tu existencia... ya no te pertenece, es enteramente mía.

El bravo coronel se acercó hasta dar su brazo á la infeliz criatura.

—Toma este escapulario, dijo Luz, y puso al cuello de Piedra-Santa aquel escapulario que su hermano había olvidado y que contenía la *esmeralda*.

Piedra-Santa ignoraba que ya poseía dos de las piedras preciosas del misterioso vaticinio.

Sonó el primer cañonazo.

—¡Adíos! dijeron los amantes, y su acento se perdío entre las detonaciones de la artillería.

III.

La historia va á hablar.

Serían las siete y media de la mañana (miércoles 19 de Febrero de 1821), cuando Calleja avanzó en cuatro columnas: traía la artillería en el centro y su caballería cubriendo los flancos.

Sus cañones graneaban el fuego lo mismo que sus fusiles, y se notaba una especie de fuerza nada común en aquellos soldados.

Calleja se había quedado á retaguardia en su coche, y parece que tenía por tan seguro el triunfo, que no creía fuese necesario montar á caballo.

Los americanos respondían á los fuegos pausadamente, y todos se propusieron emplear bien sus tiros certeros, lanzados desde sus parapetos.

Dirigiéronse los asaltantes por la calle Real, en derechura á la trinchera de la plaza de San Diego, donde desengancharon las mulas de las piezas y se armó la primera batería.

Calleja formó su batalla á medio tiro de los reductos,

Entonces se separó de las filas un coronel á batirse con Galeana, que estaba enfrente.

—*¡A tí te buscaba!* gritó el español, y disparóle su pistola.

Galeana á su vez disparó un mosquete y le dejó tendido, le recogió las armas, y tomándolo por un pie, lo metió arrastrando dentro de trincheras y mandó que un confesor lo auxiliase.

La tropa enemiga, testigo presencial de este suceso, enmudeció como atónita y avergonzada; tanto le impuso este brío digno de los siglos de Roma.

Apareció un coronel dando sus órdenes y llevando un tambor á su lado, Galeana mandó hacer fuego, y el jefe cayó muerto en los brazos de sus ayudantes.

La tropa española avanzó haciendo fuego hasta llegar á la trinchera, donde comenzó la lucha á la bayoneta.

Los realistas fueron rechazados, para tornar luego con más vigor.

Los indios honderos colocados detrás de San Diego, descargaron su nublado de piedras, que no les daba punto de reposo á los realistas; ya entonces perdieron su primitiva formación, y se subdividieron en trozos por todas las casas del pueblo que barrenaban, ejecutando en las personas inermes, mujeres y niños que encontraron en ellos la mayores crueldades, como lo indicaban los cadáveres hallados después de la acción.

Galeana y sus soldados quedaron reducidos á solo las trincheras, y además flanqueados, pues los realistas penetraron por una tienda inmediata á la contra-trinchera establecida en la calle Real.

En este conflicto, destacó á su sobrino Don Pablo Galeana para que contuviese al enemigo, como lo verificó, arrojándoles granadas de mano y disparando el cañon *Nino* que Morelos mandó poner en la azotea de la casa por donde habían penetrado.

El general se hallaba situado en una casa de la plazuela de Santo Domingo, que mira al Occidente, plaza que como ya se ha dicho, estaba á cargo de Don Leonardo Bravo.

A pesar de las ventajas obtenidas por el enemigo, no faltó un malvado que en el cementerio de San Diego, esparciera la voz de que se había perdido el punto mandado por Galeana.

La gente salió agolpada en el mayor desórden con dirección al centro: creyóla Larios que estaba con su compañía, y un cañon sosteniendo el fuego, costado de Galeana, así es que retiró el cañon de la batería, y caminó con rapidez á buscar un asilo.

Galeana montó á caballo, y con espada en mano, hizo á sablazos que ocuparan sus puestos los que corrían hácia el centro, y regresó á su puesto luego que el orden quedó restablecido.

Esta voz falsa de alarma produjo también funestos efecto en otros puntos, pues afectados de pavor sus defensores, abandonaron la artillería, y la plazuela de San Diego casi quedó escueta.

Solo se vió en ella un muchacho de doce años llamado Narciso.

Vinose sobre el un dragón que le hirió el brazo con su espada.

No tuvo el desgraciado niño más refugio, que abrazarse de un palo de la misma batería, y tomar la mecha que estaba clavada en el suelo.

Dió casi maquinalmente fuego al cañon, que disparado en el momento más oportuno, mató el dragón y contuvo al enemigo que avanzaba rápidamente.

Con este inesperado suceso volvió á su puesto Galeana, y quedó nuevamente restablecido el orden.

Continuó el fuego sin intermisión hasta las tres de la tarde, disputándose los contendientes palmo á palmo las posiciones.

El parque de los realistas se había acabado, y Calleja mandó la retirada del ejército; pero hizo una última tentativa, disponiendo se abandonara la artillería, separándose la tropa á una regular distancia, á fin de que saliendo de sus parapetos los mexicanos, se les diese una carga de caballería.

Morelos mandó que nadie se moviese, comprendiendo el artificio del enemigo, por lo que ambos campos se mantuvieron como una hora sin ofenderse, hasta que pausadamente recogieron sus cañones los realistas, y fueron á tomar cuarteles al pueblo de Cuautlixco, una legua de la ciudad atacada.

Galeana salió á reconocer el campo, levantando más de trescientos cadáveres, entre los cuales había trenta y dos artilleros, que mandó sepultar en la Parroquia y fuera de los reductos.

Halláronse vestigios de sepolturas hechas por el enemigo, y muchos rastros de sangre con que se tiñó aquel campo.

Calleja estaba derrotado, y así lo avisó á la Corte de México, que envió el mayor número de fuerzas para emprender el sitio de Cuautla.

CAPITULO XIV.

De lo que verá el curioso lector como se decida á leer este capítulo.

I.

Vildo y José de la Luz llevaban á todo escape á las jóvenes, que no volvían en sí del terror.

Detuviéronse á una distancia conveniente para presenciar el hecho de armas, no sin disgusto de Vildo, que quería adelantar camino por si ocurría alguna catástrofe.

Cuando vieron que los realistas penetraban en la plaza y que los fuegos de los insurgentes se habían apagado, creyeron que la plaza estaba perdida, y echaron á huír rumbo á las montañas para escaparse de la zaña de los vencedores.

—¡Dios mío, exclamaba Luz, si le habrán matado!

—No tenga cuidado la señorita, respondía el asistente; en peores nos hemos visto y hemos escapado la pelleja.

—Mucho temo, dijo María, que no hayan podido salir de la plaza; ese infernal Calleja es un asesino y no les perdonará.

—Difícil es el negocio, señoritas: vean ustedes que el señor cura y sus soldados tienen mas agayas que un tiburón... en el sitio de Acapulco nos andaba la muerte muy de cerca... cuando no está de Dios, ni las balas pueden... figúrese su mercé que estando frente al castillo, mi general se recargó sobre una roca y se puso á mirar con su anteojo; cansado de observar y maquinalmente se separó de aquel sitio, que ocupó un señor cuñado del capitán don Vicente Guerrero; ¡ay, señorita! no habían pasado dos segundos, cuando una bala de